

Treinta y cuatro de los últimos años de mi vida los he transitado dentro de este maravilloso colegio que Uds. han elegido – como lo hice también en su momento- para formar (más que educar) a mis hijas. Puedo decir con certeza que cada día aprendí algo y que en estos 3 últimos años que asumí la Dirección Académica, he debido hacer un “curso intensivo” para escuchar, entender y acompañar el nuevo y complejo (cada vez más anticipado) mundo adolescente.

Si bien es cierto que todos atravesamos esa etapa, la realidad es que los tiempos han cambiado abrumadoramente rápido y hoy tienen en segundos el mundo entero al alcance de su mano.

Sin embargo, para padres y educadores hay mucho para hacer... llevamos años insistiendo en la necesidad de dialogar, en acompañar (con el concepto de responsabilidad sobre menores de edad que ello implica) lo que viven, comparten y – sobre todo- hacen diariamente.

Pensar que “mi hijo/a nunca...” es tan ingenuo como creer que los niños no hablan con sus pares sobre sexo, no escucharon la palabra “droga” o saben/ vieron /contaron a sus compañeros y docentes, hechos de violencia intrafamiliar.

Suena duro: pero les damos la absoluta certeza que esto sucede.

Ya no hablamos de lo que ven en la televisión y no alcanza con no mirar el informativo: la información les llegará de todas maneras y – ojalá así sea- cuidemos en extremo los comentarios entre adultos que atentan de una u otra manera con los valores que queremos transmitir.

En muchas ocasiones, los adultos confundimos a los chicos con comentarios sobre otros niños/ jóvenes o sus padres, que se alejan bastante de los que en la teoría promovemos. Para ello, no podemos dejar de nombrar la herramienta del WhatsApp, tan útil como destructiva cuando se utiliza para sustituir lo que una conversación frente a frente sanaría.

Parece ser legítimo criticar y hasta ofender aún sabiendo que – una vez que está escrito- el costo es altísimo. En este mundo adulto van creciendo nuestros niños y jóvenes, utilizando como “modelo” los nuevos héroes: “influencers del siglo XXI” que los entrenan en cómo vestirse, cuánto y qué comer, cuáles son los estándares de belleza que deben alcanzar, la importancia de ser “popular”, chicas desesperadas por “pertenecer” a un grupo con características que consideran ideales.

Debo confesar que ver a una NIÑA de 12 años con una actitud francamente adulta, en un reel en el que se prueba ropa (asunto del que prefiero no sumar comentarios) para asistir a un concierto mientras su madre la filma y verificar que está siendo “seguida” por muchas de nuestras alumnas, me ha dejado profundamente movilizada.

Por ahí se mueven los intereses de muchos: niñas que concurren al colegio con uñas esculpidas o pintadas, cuyos sets de maquillaje y cremas superan inclusive los de sus madres, y que siguen – a través de celulares de última generación- a jóvenes que los entrenan en el arte de no ser diferente, porque ser “diferente” (que no responde a esos cánones de belleza) está mal visto y podrían quedar excluidos.



Esto no es exagerado: todos luchamos contra la discriminación, la burla, la exclusión y el maltrato. Nos negamos a dejar de trabajar para erradicar la segregación – muchas veces permitida y hasta estimulada por adultos- porque sabemos que el círculo hará que cada estudiante un día sea el que conduce al grupo y al tiempo, podrá ser quien lo sufra.

Batallamos contra la corriente generada por ese mundo de las redes que los lleva cada vez antes y más lejos. Atrás quedó el tiempo en que ver juegos electrónicos eran el mayor problema, hay situaciones en las que la violencia verbal o las actitudes de compañeros va horadando poco a poco su autoestima.

Nada es casual... los educadores vemos con preocupación el creciente número de niños y jóvenes con depresión, trastornos de alimentación y aislamiento.

Hacemos innumerables (no imaginan cuántas) reuniones con las Familias y muchas veces entendemos que no pueden solos: el entorno condiciona y será necesario que todos los padres puedan alinearse entre sí, para darle a nuestros niños y jóvenes un “piso” seguro donde pararse y construir su verdadera personalidad.

Nos preocupa comprobar que el colegio convoca a talleres sobre temas que deben hablarse (y muchas veces piden en las encuestas) como los realizados por Manantiales sobre droga, abuso de sustancias, el concepto de “diversión adolescente”, el reciente sobre bullying y que los asistentes SUMADOS no lleguen a 40 padres de los 800 o más de 1000 convocados en cada ocasión.

¿Qué nos sucede? Sabemos que estos son temas serios... ¿por qué entonces no damos prioridad a un taller en el que puedo conocer lo que los demás miembros de mi Comunidad tienen para decir? ¿Creemos realmente que ver su Instagram (muchos de ellos tienen varias cuentas y hasta más de un celular) nos da alguna garantía? ¿Sabemos REALMENTE lo que sienten, cómo manejan sus vínculos, qué saben o deben saber para cuidarse sobre los temas que nos preocupan tanto?

Estos no son más que “pensamientos en voz alta” de alguien que conoce a la mayoría de sus hijos, que muchas veces los recibe en el escritorio y no deja de preguntarse (y preguntarles) si hablaron con sus madres, sus padres... cuestiones que tienen inmenso valor y no siempre sienten la confianza para hablar o decirles lo que hicieron.

Una cosa es cierta: debemos empezar a cambiar desde los primeros años de su infancia. Ese no es un rol de las escuelas sino de la Familia: es una responsabilidad parental.

Muchas veces llegan padres enojados con el colegio pero ¿cuánto pueden hacer directores, maestros, profesores, coordinadores y psicólogos sobre temas que traen al patio, al comedor y siguen -en ocasiones con la permisividad adulta - desde la casa?

Debemos generar en nuestros hijos el aprendizaje más duradero y necesario de todos: **SER BUENA PERSONA ES UN VALOR**. Que para ello, no es preciso mentir, manipular, ni dominar a nadie. Que seguir ciegamente falsos estereotipos no los hará mejores y que la burla, aunque parezca ocasional o mínima, está mal en toda circunstancia.

Hoy, con el respeto que poseemos por cada Familia, nos acercamos pidiéndoles apoyo. Debemos ser conscientes de lo que sucede, investigar lo que sienten y viven nuestros niños y jóvenes porque todo tendrá impacto en su futuro, pero también, hacerlos cargo de su responsabilidad cuando se equivocan. Fortalecer su autoestima sin costo para los demás, sin imitaciones y sin pagar ningún precio para ser parte de un grupo.

Con alivio hemos sabido de grupos de padres que han comenzado a reunirse exclusivamente para hablar sobre estos temas de vital importancia en el desarrollo emocional de sus hijos. En esos grupos no se juzga, no se critica ni se buscan culpables: se plantea un tema (de los que aquí hablamos) y se toman decisiones en conjunto. Ese es uno de los tantos caminos que tenemos para poder cambiar esta realidad.

ESTAMOS A TIEMPO, lo peor que podemos hacer es “no hacer nada” creyendo que a nuestros hijos no los rozará nunca peligro alguno. No hay fórmulas mágicas más que la permanencia en el tiempo de padres presentes, atentos, firmes y con límites claros.

Somos los arquitectos de la vida de nuestros hijos, es una responsabilidad compartida: actuemos juntos en consecuencia porque lo que está en juego es y será siempre lo más importante de nuestra vida.

Mag. Ana María Mendez Cortazzo
Directora Académica Institucional